

NUESTROS PARQUES NACIONALES

Joaquín Araújo

Hace ya mucho tiempo que la *armonía* anda prófuga. Huyó de estos enclaves de prisa y ruido en los que mayorías se quieren acuarteladas. Como además consiguen que todo se les parezca, la norma es arracimarse en la completa soledad de ellos mismos. Aceptando además la disciplina de olvidar a lo que les hace posible, que no es otra cosa que ese todo que queda unos milímetros más allá de cualquiera de las epidermis: ya sea su piel, las autovías, las pantallas y portadas, los centros comerciales o las paredes de la vivienda.

Por eso se fue, porque la *armonía*, en su más íntimo y correcto sentido, el que tenía por cierto en nuestra primera lengua, el sanscrito, quiere decir vínculo. Es decir esa unión de las partes para completar un conjunto que equilibradamente convierte su propia forma en belleza y en convivencia. *Armonía*, en consecuencia, evoca también el anhelo de paz.

De ahí que pocos argumentos haya que añadir para demostrar que nuestra civilización resulta fundamentalmente enemiga de las acepciones de esa *armonía* fundacional.

Por eso se ha ido.

Pero cabe huir tras ella. Llegar hasta sus cimarrones refugios. Que son esos pocos lugares ajenos al convulso modo de un vivir sin la mejor compañía que casi todos acatan.

La primera función de los Parques Nacionales es que tienen a la *armonía* asilada. En consecuencia podemos ir a contemplarla. Y cuando así procedemos comienza una de las más cruciales educaciones. La de que nuestra mirada se desborde hasta lo panorámico y casi completo. Que empiece a comprender. Porque solo comprende quien es

comprendido por los paisajes que contienen todas las raíces de todas las cosas. Manaderos al mismo tiempo de los primeros recursos para el funcionamiento incluso de nuestra avidez.

Porque nuestra red de espacios protegidos, y por tanto sacados de los apremios de lo azacano, escancia sin cesar una ingente cantidad de servicios y beneficios indiscutiblemente ligados a la calidad y continuidad de la vida. Despensa y fonda de principios activos, de antidotos y de procesos de renovación. Savia siempre nueva y siempre sabia para todos los renacimientos.

Aunque la reiteración los convierte en niebla, no podemos dejar de mencionar que los Parques Nacionales son, además de lo señalado y lo por concluir, los mejores enclaves para seguir indagando en las ciencias de la vida, en los usos tradicionales del paisajes, en la desafiante sostenibilidad, en el esparcimiento sin degradación, en la educación sentimental hacia la Naturaleza, incluso en planificación territorial y otras actividades del sector primario.

Pero sobre y ante todo tienen, y por eso allí se esconde la *armonía*, muy rechazado el sentido de lo privado. Nada guardan para nadie en particular. Son territorios de lo público para el uso de todos. Escuelas, pues, también de equidad, campos de maniobras para la paz. Son, en suma, una de las últimas oportunidades de que no se nos extinga la idea y la práctica de lo común, de lo compartido y por tanto lo que estimula la responsabilidad colectiva. Esa que precisa de los máximos de *armonía* también para su gestión.

Porque los Parques Nacionales son, ante todo y sobre todo, una de nuestras últimas posibilidades de ser armónicos. 